

SOCIOLOGIA DEL PROTESTANTISMO (VI)

POR

MIGUEL PORADOWSKI

6. El protestantismo actual.

En una serie de cinco ensayos (1) hemos analizado —desde el punto de vista exclusivamente sociológico— el protestantismo alemán de los tiempos de Lutero. Ahora, convendría contestar a la pregunta: ¿hasta qué punto estas opiniones valen respecto al protestantismo de nuestros días? Pues, desde los tiempos de Lutero, ya pasaron cuatro siglos y el protestantismo del siglo XX no en todo es idéntico al del siglo XVI.

1. ¿Hasta qué punto el protestantismo actual tiene carácter de una “reforma”?

Hemos visto que lo esencial en esta reforma luterana del siglo XVI era el rechazo del paganismo renacentista (2). Pues bien, parece que el protestantismo de hoy día no solamente continúa asumiendo esta actitud, sino que —por nuevos motivos, esta vez más bien teológicos— se afirma en ella, rechazando ya no sólo lo que se podría calificar como “pagano”, sino también todo lo que —por ser “griego” o “helenístico”, es decir, los elementos culturales del antiguo mundo griego— lo espanta, incluso cuando estos elementos se encuentran incorporados en la misma Biblia.

Es bien conocida esta actitud de muchos teólogos protestantes de nuestro tiempo, los cuales no vacilan en poner en duda la misma integridad de la Santa Escritura, desde el momento que en ella encuentran algo que les huele a lo “griego precristiano” y, en este

(1) Véase: *Verbo* núm 161-162-163-164-167-168-169-170.

(2) Véase: *Verbo*, núm. 161-162, «El protestantismo como reforma.

caso, llegando incluso a negar los más esenciales dogmas de la fe cristiana, como lo es, por ejemplo, la Encarnación. Siendo ésta una materia ya "teológica" y no "sociológica", queda fuera del presente estudio, pero, para que mis afirmaciones no parezcan gratuitas, me permito citar un ejemplo ilustrativo, invocando en esta materia la indiscutible autoridad del renombrado teólogo español Armando Bandera, quien escribe lo siguiente: "La negación de la Encarnación, tal como ha sido entendida y definida tantas veces por la Iglesia, era negada ya claramente en *Teología de la esperanza*, recurriendo a la consabida idea de la contaminación helenística: hablar de encarnación de Dios intemporal en lo temporal es puro contagio helenístico. El hecho de que la Sagrada Escritura presente la Encarnación del Verbo en esa forma y en otras análogas, quiere decir simplemente que también ella está contagiada de helenismo y que las partes afectadas por el contagio *no son en realidad Sagrada Escritura*. A ello se añade que la Encarnación del Verbo, tal como la Iglesia la entiende, da origen a una religión *epifánica*, que tampoco puede ser admitida; el cristianismo, según Moltmann, es religión de pura promesa que excluye radicalmente todo lo epifánico. También por este capítulo Moltmann introduce nuevos cortes en la Sagrada Escritura; pero esto no le preocupa, porque, según sus principios, lo epifánico no puede formar parte de la Escritura. Moltmann se siente árbitro capaz de dictaminar, en virtud de principios establecidos por él, qué es lo que puede estar y lo que no puede estar en la Sagrada Escritura; o, en otros términos, él hace su propio canon dentro del canon bíblico; en lo cual lo imitan algunos que se dicen católicos" (3).

Pero lo que nos interesa en este momento es destacar que el protestantismo nunca se libró de la fobia antigriega y menos aún de la fobia antilatina.

2. Por otra parte parece confirmarse, durante estos cuatro siglos y especialmente en el siglo XX, que la reacción protestante en los tiempos de Lutero contra el paganismo renacentista fue más por

(3) *La Iglesia ante el proceso de liberación*, BAC, 1975, pág. 339, nota 127.

ser "griego" que por ser pagano, pues todas las características esenciales del paganismo como tal están presentes en las sociedades protestantes durante estos cuatro siglos y especialmente en el siglo XX, sin provocar reacciones similares a las del siglo XVI (4). Nosotros que hemos vivido los horrores de la segunda guerra mundial y especialmente los horrores de los campos de concentración y de exterminación nazi, no podemos dudar de la repaganización de las sociedades occidentales europeas, especialmente las protestantes y, por esta razón, tenemos que afirmar que el protestantismo de hoy día también conserva el carácter de vuelta al paganismo, lo que hemos afirmado respecto al protestantismo de los tiempos de Lutero (5).

3. También la ruptura con la civilización latina, efectuada por el protestantismo en los tiempos de Lutero, sigue siendo vigente hasta hoy día, como también todas las consecuencias sociológicas (las que hemos analizado en el capítulo "El protestantismo como reacción de la civilización germánica contra la civilización latina" (6) que de este hecho derivan, con el agravante de que se profundizaron proyectándose al pensamiento filosófico-teológico protestante.

Lo que hemos llamado el "proceso de despersonalización", en el período entre Lutero y la segunda mitad del siglo XX, se extendió incluso al concepto de Dios, siendo una consecuencia lógica del abandono de la valoración de la persona de la civilización latina y de la introducción, en su lugar, del individualismo. Una vez que el hombre dejó de ser considerado como "persona", le llegó el turno a Dios, con tal que —en este caso— el concepto de "persona" se vea reemplazado por el concepto del "absoluto". De esta manera el Dios cristiano, concebido como persona y por tanto cercano al

(4) Por ejemplo la crueldad, de la cual tanto hablan los diarios y las revistas de hoy día, especialmente de la crueldad en las relaciones entre los padres y sus niños pequeños. Se llega hasta disfrazar la crueldad con los sentimientos humanitarios, como es el caso de la eutanasia.

(5) En el artículo «El protestantismo como vuelta al paganismo», *Verbo*, núm. 163-164.

(6) *Verbo*, núm. 167.

hombre-persona —siendo las relaciones hombre-Dios y Dios-hombre de persona a persona, es decir de seres concretos, pensantes y amantes—, se transforma en un Dios germano, panteísta, “hipostasiado, sea en la naturaleza (Goethe), sea en el universo infinito (Schleiermacher), sea en la idea (Hegel)” (7).

“El pensamiento teológico tradicional —dice Gómez-Heras— operaba en el esquema dualista cielo-mundo, gracia-naturaleza, fe-ciencia, al intentar responder a las cuestiones sobre la verdad, la eticidad o el sentido de la existencia humana. La Ilustración había rechazado la dualidad fe-razón, profesando una visión unitaria del saber y del obrar. Los idealistas aceptan tal presupuesto monista y lo amplían y aplican a otros sectores: unidad del pensar, a desventaja del dualismo creer-saber; unidad cósmica, a desventaja del dualismo naturaleza-sobrenaturaleza; unidad de la realidad, a desventaja del dualismo Dios-mundo. La creencia en Dios permanece viva. Pero se trata de una imagen nueva de la divinidad purificada de lo que se cree mitología y descrita a medida del gusto de filósofos y poetas. Dios es despersonalizado y el mundo sacralizado. Cristaliza así una forma de panteísmo cósmico, del que se alimenta una mística anhelante de contacto inmediato con el Absoluto a través de las manifestaciones del mismo en la naturaleza. Estas son aceptadas como expresiones de lo divino inmanente al universo y revestidas de carácter luminoso, fatal y misterioso. La propensión idealista al panteísmo pone de moda la filosofía de Spinoza, dando lugar a una polémica apasionada sobre el spinoísmo. La mundanización de Dios implica una secularización de la soteriología. La revelación, la redención o el misterio trinitario son interpretados como mediaciones de una experiencia del devenir inmanente de la historia” (8).

De esta manera, lógicamente se llega, por el protestantismo (como rechazo de la civilización latina y su concepto de la persona y la vuelta a la civilización germánica y su individualismo y panteísmo), al marxismo y al hitlerismo. Pues hay que tener bien presente que el personalismo de la civilización latina empieza por el concepto de

(7) J. M. G. Gómez-Heras: *Teología protestante*, BAC, 1972, pág. 113.

(8) *Ibidem*, pág. 120-121.

Dios como persona y termina por atribuir esta categoría al hombre, como un ser creado a imagen de Dios.

Destruyendo el concepto de Dios como persona, se destruye también, inevitablemente, el concepto del hombre como persona, lo que tiene que llevar al totalitarismo. El protestantismo, por dos caminos —uno en el plano teológico y otro en el plano antropológico, destruyendo el personalismo de la civilización latina e instalando en su lugar el individualismo— conduce fatalmente al panteísmo y al totalitarismo. Más todavía, este totalitarismo, estando basado sobre el concepto panteísta de Dios y del mundo, adquiere un carácter metafísico, es decir, subordina al hombre a la sociedad de una manera absoluta, pues lo hace no solamente en el plano exterior, sino también en el plano interior, espiritual. Usando la conocida expresión de Santo Tomás, se puede decir que se trata del totalitarismo en el cual *homo ordinatur ad communitatem politicam secundum se totum et secundum omnia sua*, pues, desde el momento que Dios ya no es persona, sino sólo un absoluto, identificado con el universo, el hombre —que también ya no es una persona, sino una parte del universo— no encuentra ninguna razón para resistir contra su completa absorción por la sociedad a la cual pertenece; al contrario, más bien encuentra una razón más para subordinarse con toda prontitud y sin reservas a ella, pues, esta sociedad se identifica con Dios (es el caso del panteísmo hitlerista). El protestantismo, pues, fatalmente lleva al totalitarismo, en el más estricto y correcto sentido de esta palabra. Hasta ahora, sólo la civilización latina —con su claro concepto de la persona, (basado sobre la Biblia y sobre las culturas griega y latina)—, se opone eficientemente a cualquier tendencia totalitaria. Cada vez que se rompe con la civilización latina y su noción de persona (el cual, fuera de ella, no puede subsistir), se lleva a la sociedad al totalitarismo. No hay que extrañarse, pues, que ambos totalitarismos del siglo XX, el marxista-comunista primero y el hitlerista después, hayan nacido en la Alemania protestante. La fórmula de Paul Valéry, *Kant genuit Hegel, Hegel genuit Marx*, debería entonces ser completada de la manera siguiente: *Lutherus genuit Kant, Kant genuit Hegel, Hegel genuit Marx, Marx*

genait Lenin et Hitler, pues del individualismo luterano se llega al totalitarismo, tanto marxista como hitlerista.

4. Hemos visto también que el protestantismo de Lutero se presenta como judaización del cristianismo (9). ¿Tendrá este carácter también el protestantismo de hoy día?

Al respecto hay que recordar que, en los tiempos de Lutero, la judaización del cristianismo por el protestantismo apenas empieza (10). Pero este proceso de judaización, una vez empezado, sigue adelante y en cada siglo se repite el fenómeno de la masiva "conversión" de los judíos al protestantismo y en cada siglo aumenta el porcentaje de los protestantes-judíos, especialmente de los pastores protestantes-judíos, lo que acelera el proceso de la judaización del cristianismo protestante.

A este permanente proceso de judaización progresiva del protestantismo contribuyó excepcionalmente un acontecimiento nuevo, a saber, la parcial salida masiva de los judíos del *ghetto*.

Al respecto hay que recordar que, hasta la mitad del siglo XVIII, los judíos en la Europa Central, por su propia voluntad y en base del especial privilegio que les otorgaban los Estados, vivían en sus barrios exclusivos, llamados en Italia *ghetto* (y de Italia, este nombre pasó a otros países), y sólo los más cultos y dedicados a las profesiones liberales, como médicos, abogados, banqueros, grandes comerciantes, etc, preferían hacerse protestantes y de esta manera disfrutaban de mayor libertad en sus actividades profesionales. Pero en la mitad del siglo XVIII aparece una nueva actitud de parte de los judíos: el afán de abandonar los *ghettos*, al menos parcialmente, e integrarse en las sociedades cristianas, en las cuales vivían hasta entonces separados. Este movimiento tiene dos corrientes muy distintas; una que aboga por la integración total en la sociedad cristiana, por intermedio de la aceptación sincera de la fe cristiana y de todas las costumbres cristianas, para poder vivir tranquilamente,

(9) Véase: *Verbo*, núm. 168, págs. 1119-1144.

(10) El hecho de que el mismo Lutero fuera un fanático antisemita no tiene nada que ver con este proceso sociológico de la judaización del cristianismo por él desencadenado.

como todos los demás ciudadanos y acabar para siempre con el antisemitismo, y la otra corriente, la que busca una integración ficticia, pues en el fondo pretendían permanecer judíos, es decir, seguir fieles a su religión y sus costumbres, y sólo exteriormente hacerse pasar por cristianos y de esta manera salvarse de las persecuciones antisemitas. Ambas corrientes prefieren emanciparse, es decir, salir del *ghetto*, haciéndose protestantes. De este modo, en la mitad del siglo XVIII, se produce una masiva asimilación de los judíos en Europa, particularmente en Alemania. Casi todos estos judíos "emancipados", es decir, salidos del *ghetto*, se hacen protestantes. Hay que suponer que solamente un muy pequeño porcentaje de ellos son los sinceramente convertidos.

En la misma época aparece en Alemania una nueva autoridad entre los judíos: el talmudista y filósofo Moisés ben Mendel (1729-1786), llamado por los judíos el tercer Moisés (11), quien germanizó su nombre, cambiándolo por Mendelssohn.

Mendelssohn divulga la antigua (pero hasta este tiempo secreta), "teología" rabínica respecto al concepto de Mesías, declarando que no hay que esperar más a la llegada de un Mesías como una persona individual, pues es el mismo pueblo judío el Mesías prometido por Dios. De esta manera, el concepto bíblico de un Mesías-persona individual está reemplazado por el concepto talmúdico de un Mesías-persona colectiva, por el pueblo judío.

Lo importante para nosotros son las consecuencias prácticas de esta "teología" de Mendelssohn, pues si el mismo pueblo judío es el Mesías-redentor de Israel, entonces —según Mendelssohn— es el mismo pueblo judío quien debería asumir el papel de Mesías, dedicándose a la construcción del temporal reino de la Justicia. Pero, ¿de qué manera el pueblo judío puede construir el reino mesiánico? Saliendo del *ghetto* e incorporándose en la vida de las sociedades cristianas, aceptando el cristianismo y su cultura sólo exteriormente,

(11) Recordemos que para los judíos el primer Moisés es quien sacó a los judíos de Egipto, mil quinientos años antes de Cristo; el segundo Moisés es el famoso filósofo cordobés, el sabio rabino Maimónides (1135-1204) y el tercer Moisés es Mendelssohn.

pero quedándose interiormente fieles a su propia religión y costumbres.

Esta vez se trata de una masiva entrada de los judíos en la sociedad cristiana, para ocupar en ella los puestos directivos, llegando hasta gobernarla, siempre en favor de los judíos y con el propósito de instalar, en el futuro, un reino de justicia y prosperidad y en el cual los judíos van a ocupar los puestos privilegiados y directivos. Pues bien, el camino a esta fingida asimilación va por la "conversión" de los judíos al protestantismo.

Esta "teología" de Mendelssohn es aceptada por muchos rabinos de entonces y en casi toda Europa se producen masivas "conversiones" de los judíos, casi exclusivamente al protestantismo. Miles de judíos abandonan los *ghettos*, entran en los colegios cristianos, lo que les permite seguir después los estudios en las Universidades y fácilmente incorporarse en la vida cívica de los países europeos. Eso explica por qué al final del siglo XVIII hay muchísimos destacados judíos en los puestos de importancia en las Universidades, en el comercio, en la industria y en las profesiones liberales. Al mismo tiempo, estos judíos, en la ocasión de sus bautismos, cambian los nombres y apellidos, integrándose de esta manera completamente en la sociedad cristiana.

Recordemos algunos ejemplos.

Un caso muy típico y muy ilustrativo es la "conversión" de toda la familia de Heinrich Marx, el padre de Carlos Marx, fundador del marxismo. Es sabido que la familia Marx era una familia judía de largísima tradición rabínica. El padre de Heinrich Marx y abuelo de Carlos Marx, es un rabino en Tréveris (Alemania). Como tenía muchos hijos y según la tradición judía sólo el primogénito, Samuel, podría también ser rabino, a su otro hijo, Heinrich, lo educa en los mejores colegios y Universidades, para facilitarle —siguiendo los consejos de Mendelssohn— la salida del *ghetto* e incorporación a la sociedad cristiana. Heinrich Marx se recibe de abogado y llega a ocupar un destacado cargo de abogado del Estado. Después de las guerras napoleónicas, Tréveris pasa al Estado prusiano, la constitución del cual exige que los funcionarios estatales sean protestantes. Para no perder su puesto, Heinrich Marx, con toda su fa-

milia, pasa al protestantismo. Su hijo Mardujay, de cuatro años, recibe el nombre de Karl (Carlos). Heinrich Marx, preocupado por la formación de su hijo Carlos (Mardujay), lo coloca en el mejor colegio de la ciudad, que es, en este tiempo, el de los jesuitas. De ahí que el joven Carlos Marx, siendo judío y formalmente protestante, haya recibido una educación en un colegio católico (en este tiempo ya estatalizado). Son los padres jesuitas los profesores del joven Carlos Marx, pero... unos jesuitas (como lo son muchos de hoy día), muy progresistas, muy *à la page*, lo que, en estos tiempos, significaba "hegelianos", y es en este colegio de los jesuitas donde el joven Marx se hace admirador de Hegel. En casa toda la familia de los Marx conserva las tradiciones judías.

Exactamente lo mismo ocurre con su gran amigo y colaborador Federico Engels, quien también proviene de una familia rabínica, de Barmen, que también seguía las enseñanzas de Mendelssohn. El padre de Federico Engels es un gran industrial "multinacional", quien educa a su hijo en los colegios cristianos y así el joven Federico pasa al protestantismo, se incorpora en la sociedad cristiana, introduciendo en ella su fermento revolucionario judío.

Otro ejemplo lo constituye la vida del eminente político británico Lord Beaconsfield (1804-1881). Su abuelo, Benjamín Israeli, vino a Inglaterra en el año 1748, desde Venecia, a la cual emigraron sus antepasados sefarditas desde España. Siendo partidario de las enseñanzas de Mendelssohn, al llegar a Inglaterra se incorpora en la sociedad inglesa y a su hijo, Isaac, le asegura una esmerada educación "volteriana", pero sin romper los vínculos con la Sinagoga. El hijo de Isaac, Benjamín (como su abuelo), primeramente está educado en casa, por los más eminentes talmudistas de la época, y sólo después, ya como un joven maduro y bien iniciado en las tradiciones judías, estudia en distintos centros educacionales en Europa y próximo Oriente, adaptando un apellido un poco retocado: Disraeli. Es bien conocida la extraordinaria carrera política que cumplió Disraeli en Inglaterra, contribuyendo a transformar este país en un gran imperio. Disraeli escribió varios libros, en forma literaria de novelas políticas, en las cuales descubre algo los entretelones de la gran política internacional y el papel en ella de los judíos "conver-

tidos" como él mismo. Su testimonio al respecto es de extraordinario valor. En la novela *Coningsby*, después de describir la presencia de los judíos-protestantes en los más altos cargos de la sociedad europea en el siglo XVIII y XIX (a los cuales nadie toma por judíos), dice lo siguiente: "Usted ve, querido Coningsby, que el mundo está gobernado por personajes completamente distintos de los que creen los que ignoran la vida entre bastidores. Nunca observará usted en Europa un magno movimiento espiritual en que no participen los judíos en alto grado. Los primeros jesuitas fueron judíos. La misteriosa política rusa que inquieta a toda Europa Occidental es organizada y, en parte, realizada por los judíos. La enorme revolución que en estos momentos se va preparando en Alemania, y que efectivamente se convertirá en una segunda reforma, pero de la que hasta ahora en Inglaterra se sabe tan poca cosa, se va desarrollando completamente bajo los auspicios activos de los judíos" (12).

Lo que nos interesa en este momento es la opinión de Disraeli sobre "la enorme revolución que en estos momentos se va preparando en Alemania". *Coningsby* está publicado en 1844; es, pues, evidente que Disraeli anuncia la revolución que, en este momento, preparaban Carlos Marx y Federico Engels (los jefes visibles), dando testimonio de que la revolución marxista-comunista es una obra judía al servicio de los intereses judíos. Más todavía, nos interesa enormemente la opinión de Disraeli sobre la Reforma protestante y el hecho de que Disraeli considera la revolución marxista como "una segunda Reforma". "A confesión de parte, relevo de pruebas". Según Disraeli, ambos acontecimientos históricos son obras judías y efectos de las "conversiones" judías al protestantismo.

En efecto, muchísimos de estos judíos, "convertidos" al protestantismo, llegan a ocupar hasta las cátedras en las Facultades de Teología protestantes y de ahí empieza, en los principios del siglo XIX, una nueva fase de la judaización del protestantismo y su consecuente descristianización. Incluso muchísimas, si no todas, las obras anticristianas, publicadas en la primera mitad del siglo XIX, son de la

(12) Benjamín Disraeli, Earl of Beaconsfield, *Coningsby*, London, 1911, pág. 209.

autoría de estos "teólogos" judío-protestantes, catedráticos de las Universidades estatales europeas, principalmente alemanas, como por ejemplo: *Das Leben Jesu* de David Strauss, *Das Wesen des Christentums* de Ludwig Feuerbach, *Christus und die Cäsaren* de Bruno Bauer, etc., que tanto impactaron a la teología protestante. En realidad, en estas obras seudocientíficas no se hace otra cosa que la divulgación, entre los cristianos, de las antiguas opiniones talmúdicas respecto a Dios, a Cristo y a su Reino, judaizando la teología protestante.

El marxismo, que nace de estas "teologías" rabínicas, invade las iglesias protestantes, durante la segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX. Aparece el fenómeno de la "marxistización" de la teología protestante, lo que es —desde el punto de vista de aquí nos interesa— una nueva fase de la judaización del protestantismo.

5. Respecto a lo último, es decir, a la "naturalización" del cristianismo (13), el protestantismo de hoy día no solamente no es menos radical que el protestantismo de los tiempos de Lutero, sino que ha llegado al extremo, desacralizando, secularizando y "naturalizando" todos los conceptos básicos del cristianismo, todos los dogmas de la fe cristiana, incluso el concepto de Dios, declarándose plenamente antiteísta. El hoy día más celebrado teólogo protestante, Dietrich Bonhoeffer, reduce el cristianismo a la filantropía (14).

Podemos, pues, concluir que el protestantismo de hoy día —desde el punto de vista de la sociología de la religión— contiene todas las características del protestantismo de los tiempos de Lutero, con la agravante que las lleva al extremo.

(13) Véase: «El protestantismo como naturalización del cristianismo», *Verbo*, núm. 169-170, págs. 1393-1399.

(14) La fórmula siguiente podría condensar la quinta esencia de la imagen bonhoefferiana de la divinidad: Dios aparece secularizado en Cristo en forma de filantropía, de servicio a los hombres», escribe Gómez-Heras, *op. cit.*, pág. 186.